

finanzas y la mercadotecnia, mientras Guangdong ha puesto la tierra y la mano de obra barata y educada: 80 % de la inversión extranjera en la citada provincia proviene de Hong Kong, mientras que las empresas de ese territorio ocupan a tres de los seis millones que componen la fuerza de trabajo de la provincia.

La influencia de Honk Kong se ha extendido a otras partes de China y ha servido de modelo para el desarrollo de otras áreas, como la provincia de Fujian.

En lo que respecta a las negociaciones entre China y la Gran Bretaña y el futuro de Hong Kong, Overholt dice que el gobierno de la República Popular China siempre ha tenido en mente un "Gran Hong Kong" ligado al desarrollo de China, mientras que el de la Gran Bretaña ha buscado siempre acotar el margen de acción del territorio y sus empresarios. Dicha afirmación es bastante discutible, pero no sorprende en el contexto del libro, puesto que Overholt es un defensor de la posición china, a la cual otorga toda la credibilidad y buenas intenciones, al mismo tiempo que señala que la Gran Bretaña ha padecido de miopía y egoísmo. El autor es particularmente crítico de la gestión del actual gobernador de Hong Kong, Christopher Patten; no obstante, varias de sus afirmaciones parecen estar sustentadas en una mera impresión subjetiva y no en la realidad.

Sin embargo, tiene razón al señalar que "una excepcional eficiencia económica es la sola base para la supervivencia de Hong Kong, porque es la única fuente de estabilidad interna y la única razón para que China preserve el sistema capitalista" (p. 198).

A pesar del gran ego del autor, que en ocasiones distorsiona el análisis, y de su tendencia prochina, que lo hace pasar por alto o apenas mencionar los enormes retos que enfrenta la República Popular China, mismos que pueden hacer fracasar su actual proyecto de desarrollo, el libro es una lectura recomendable para quienes se interesan en la región asiática, la más dinámica del mundo y, en particular, en el impresionante crecimiento de la República Popular China.

Martha Bárcena

Long walk to freedom. The autobiography of Nelson Mandela, Johannesburgo, MacDonald Purnell, 1994, 630 pp.

No es común, y ni siquiera aconsejable, que un embajador reseñe la autobiografía del jefe de Estado del país en donde está asignado. Sin embargo, Nelson Mandela no es un hombre común: su estatura moral y proyección política lo hacen hombre de todo el mundo. Las ventajas de haber sido testigo de episodios cruciales en el

desenlace de su propia lucha excusan el ejercicio imprudente de reseñar la autobiografía de este hombre de trascendencia histórica.

Éste es un libro memorable que conjunta la biografía del autor con la historia sudafricana en una singular épica política. Reseña el largo camino de un hombre por afirmar su condición de tal y, con ello, describe la tumultuosa historia reciente de su país, el último en el mundo en liberarse de una tiranía racista y plantear luego su transición a través de la negociación. La larga saga de una revolución negociada y su principal protagonista.

Mandela, el hombre privado, revela discreta y suavemente los rasgos de su carácter en el libro. Desde el relato de su despreocupada y bucólica infancia — hijo de la nobleza menor de su región — nos deja conocer su espíritu firme y libertario y sus dotes intelectuales. Rolihlahla (el nombre “Nelson” vendría después) es escogido, entre muchos otros niños, para asistir a una institución entonces reservada para unos cuantos privilegiados: la escuela. De su infancia, llama la atención su sensación de irrestricta libertad y su escaso contacto con los blancos, a quienes veía distantes y protectores, pues en manos de éstos estaban nada menos que escuelas e iglesias. Fue educado en el cristianismo (metodista) pero, de éste, siguió sólo la moral. En un país como el suyo, multirracial, muchas otras influencias formaron su visión y su sentido de la justicia: desde luego, la austera y sólida moral de su pueblo, los xhosas del Transkei. Destacó, también, su admiración por la lucha de Ghandi contra la opresión y el racismo en la misma Sudáfrica, donde el Mahatma vivió largos años. De este vínculo moral y solidario surgieron importantes alianzas entre Mandela y distinguidos miembros de la comunidad india sudafricana. Ya en la adolescencia, este hijo predilecto de su tribu fue enviado a la más prestigiada universidad del Sur de África para los hijos de raza negra: el Fort Hare College. Conoció ahí a otros futuros líderes del movimiento liberador de su país, entre quienes sobresale Oliver Tambo, quien llegaría a ser su aliado y amigo entrañable y, también, personaje central en la lucha por la liberación sudafricana.

Mandela, sin embargo, tardó mucho en convertirse en luchador y militante político. En su temprana juventud, como él reconoce, sólo aspiraba al prestigio de un puesto en la burocracia tribal regional dentro del *statu quo* de la Sudáfrica racista. En Fort Hare nace su admiración por Inglaterra, que mantiene hasta la fecha, y que en esos años lo llevó a desear transformarse en un perfecto *gentleman* de raza negra, nada más.

Exitoso y porfiado, el joven Mandela se niega a un matrimonio arreglado, costumbre tribal entonces muy arraigada, y decide dejar su natal Transkei, así como la universidad de Fort Hare, y escapar a Johannesburgo, ya entonces magneto económico y cultural de Sudáfrica. Ahí, entra en contacto con lo mejor y lo peor de su país y empieza, en ese momento, su gradual transformación en dirigente

político. De acuerdo con él, esto sucede “no por un acto de revelación o radical toma de conciencia”, sino debido a las pequeñas indignidades, las innumerables injusticias y humillaciones que sufrían cotidianamente su raza y su gente. Resuelve entonces, todavía con dudas y sin arrebatos, irse acercando al movimiento de lucha contra la discriminación y la marginación de la raza negra.

Al mismo tiempo, con sacrificios económicos enormes, decide retomar sus estudios de leyes en la prestigiada Universidad de Witwatersrand, en la cual se ve expuesto a los valores e ideas liberales de las universidades inglesas (en contraposición a las conservadoras *afrikaans*). Formidable en los debates, conocedor del complejo sistema jurídico de su país, Mandela se convierte en un abogado eficaz que adquiere prestigio en sus crecientes actividades políticas. Actuaba dentro del marco de una “legalidad” que sancionaba y perpetuaba injusticias, pero que era, al mismo tiempo, una legalidad cuidadosa de sus procedimientos y límites. Esto es clave para entender la paciente lucha de Mandela en la particular situación sudafricana: no importa cuán injusta sea, la ley se respeta y sus procedimientos se siguen. Agotar siempre los marcos jurídicos, hasta su propio límite.

En “Wits” conoce al legendario luchador comunista Joe Slovo, muerto recientemente, el blanco más dedicado y prominente en la lucha contra la opresión y el *apartheid*. En esta época, Mandela se convierte en militante pleno pero de ideología moderada, y empieza a destacarse como dirigente y brillante negociador. Bajo la influencia decisiva de Walter Sisulu, a quien reconoce como su mentor político, participa y destaca en la Liga Juvenil del Congreso Nacional Africano (CNA), ya entonces institución capital en el proceso de lucha y liberación sudafricana.

El arribo de su madurez personal y política coincide con la ferocidad de las leyes del *apartheid* en Sudáfrica, entre 1948 e inicios de los años sesenta. En esos años, al llegar la minoría blanca conservadora al poder, la discriminación y el racismo existente dieron lugar, además, a leyes de inhumano y escalofriante detalle en su visión racista y opresora; leyes “diabólicas”, como las llama Mandela. Ello radicaliza su visión y contribuye a la forja del luchador, hombre de leyes y político de altos vuelos.

Más adelante forma el único despacho de abogados negros en Sudáfrica: “Tambo y Mandela”. No sorprende que éste prosperara, pues además de Nelson, su socio Oliver también era un destacado abogado que, a decir de Mandela, por su aplomo y paciencia se complementaba muy bien con su propio arrojo e impetuosidad. La historia pronto mostraría que esa alianza entre Mandela y Tambo sería decisiva en los arduos años de lucha y desesperanza. Tienen éxito profesional y, conocedores de las leyes, saben cómo luchar con ellas en la mano. El aguerrido despacho pronto se transforma en centro doctrinario y de actividad política; la Barra de Abogados de la región, la más conservadora de la Sudáfrica blanca,

intentó cerrarlo, acusándolo de ser un centro subversivo. Mandela apela entonces a la Corte. El Poder Judicial, compuesto exclusivamente por abogados blancos y conservadores, no puede encontrar razón legal alguna para cerrar el despacho y, muy a su pesar, lo defienden contra la decisión del gobierno, interpuesta por sus propios “colegas” blancos. Ello es interesante muestra no sólo del valor dado a los procesos legales, sino de la notable independencia del Poder Judicial. Mandela entendió con inteligencia y pragmatismo el juego de la legalidad. Y lo hizo con firmeza y brillo, lo cual le valió el respeto de sus propios detractores.

Sin embargo, con el avance del *apartheid* se fueron cerrando todos los espacios de la legalidad. Dentro de los estrechos márgenes de las leyes racistas, se hacía cada vez más difícil la defensa de los más elementales derechos de las minorías oprimidas. En esta situación, Mandela da muestras de su grandeza y dotes de líder. En lugar de permanecer y prosperar como abogado, luchando en los márgenes que esa legalidad le proporcionaba, decide romper con ella y entrar en la lucha clandestina. Y lo hace, como nos dice en su libro, con admirable candor, sin ser apto para ello, sin tener esa vocación y sin siquiera desearlo; para él es una ineludible y pesada obligación. Así, un hombre de paz y leyes, de severa moral personal, debe de encabezar un movimiento clandestino y subversivo.

No se conforma con el prestigio e influencia ganados en debates y alegatos frente a la élite jurídica blanca; arriesga todo, incluida la vida familiar, que tanto apreciaba (se había casado, en segundas nupcias, con Winnie Madikizela y era padre de cuatro hijos), y decide tomar la lucha armada y clandestina. Cuando la legalidad del *apartheid* empieza a asfixiar toda forma de lucha, Mandela, el abogado pacífico y el hombre de letras, avanza en la lucha clandestina y forma, para su propia perplejidad, el brazo armado del CNA: la temible “MK” o “lanza de la nación”. También en esta época, al inicio de los años sesenta, vence su resistencia a las alianzas con la izquierda blanca, sobre todo con los comunistas, a quienes siempre vio con recelo a pesar de su admiración y cercanía personal con Joe Slovo. Estas alianzas resultarían fundamentales para vencer, primero combatiendo, y luego negociando, al régimen del *apartheid*.

La era de Mandela como dirigente clandestino del MK es breve; prácticamente no participó en acciones armadas ni guerrilleras, aunque a él se deba la formación del MK y su sólida vinculación con el CNA. En estos años Mandela viaja por África y Europa y conoce a otros dirigentes en el continente, los cuales serían cruciales para aumentar la presión externa contra el *apartheid*, presión que culminaría exitosamente con las sanciones que se constituirían en poderoso y efectivo instrumento de persuasión para, finalmente, sentar al Partido Nacional en la mesa de negociaciones.

Su fama y reputación creciente dificultan su carrera como dirigente clandestino: era difícil para el ya célebre Mandela pasar inadvertido. Preso, tras un juicio

clamoroso, es enviado a la temible prisión de Robben Island, frente a Ciudad del Cabo. A sus 46 años y pasada la mitad de la vida, le aguardaba todavía una larga y dolorosa etapa de 27 años de encarcelamiento. Durante esos años oscuros, Mandela vio disolverse su familia y, de alguna manera, su matrimonio; no obstante, su espíritu se fortaleció. De entre los muchos admirables episodios de su duro encierro, llama la atención aquél en el cual narra que el confinamiento solitario era el más demoledor de todos y cómo, para no quebrarse ni mental ni espiritualmente, era necesario “conversar, aun con las cucarachas”. Fueron años de radicalización en la lucha y de preparación política. En prisión escribe también una primera versión de su autobiografía.

A pesar de que el tiempo pasaba y había un nuevo *estado de ánimo* en el país, más desafiante y radical, nadie dudó nunca de su capacidad para seguir al frente del movimiento y, por último, encauzarlo en las negociaciones de transición, cuyo desenlace todos conocemos y celebramos. Es notable cómo 27 años de cárcel no hicieron que Mandela perdiera el sentido de las cambiantes circunstancias políticas y mantuviera su liderazgo político en el CNA y, sobre todo, en la percepción de su pueblo. Así, prácticamente solo, por su aislamiento y por su convicción personal, decide emprender la ruta de la negociación e iniciar el diálogo, primero con el temible presidente Botha y luego con su sucesor, F.W. Deklerk. Este último, político de coraje, visión y pragmatismo, acepta también la vía de la negociación para afrontar el largo camino de la reconciliación. De un sólo golpe, Deklerk decreta la abolición de todas las leyes del *apartheid* y decide la liberación de Mandela. Así, retoman y formalizan las negociaciones que, de hecho, empezaron desde que Mandela estaba preso en Robben Island.

Lo que sigue es historia conocida: al salir de la cárcel, asume formalmente la dirección del CNA y se inician las difíciles y admirables negociaciones conocidas como la Convención para una Sudáfrica Democrática (CODESA) que, no sin violencia y riesgos, culminaron en las primeras e históricas elecciones plurirraciales y democráticas que llevarían a Mandela de la prisión a la presidencia en sólo cuatro años.

En su libro, Mandela habla poco de su difícil vida personal y familiar en todos estos años de lucha y, finalmente, de gloria, pero da algunas señales: su amor por Winnie, la mujer de quien las circunstancias privadas le exigen separarse, pero sólo “por el bien de la causa”; su amargura por no haber estado presente en la vida de su familia, pues prácticamente no conoció a sus hijas menores. Escaso en detalles, pero con una elegante y emotiva descripción de pasajes y evocaciones, nos hace saber del altísimo costo que tuvo que pagar por ser fiel y consecuente a su vocación y responsabilidad de luchador. Mandela, quien goza de reconocimiento y cariño universal, vive una gran soledad personal. Después de leer el libro, queda claro el costo de ese sufrimiento.

Nelson Mandela, a sus 77 años, ya no tiene prisa. No porque sepa que su lugar en la historia está asegurado, sino porque su visión es a largo plazo y está nutrida de su larga lucha por la liberación de su pueblo. Sabe que hay que aguardar, sacrificar y conceder para salvar lo esencial, y que en esto no hay que ceder jamás un ápice. Quizá radique ahí el secreto de la tranquilidad que irradia y la contagiosa algarabía que despierta en su pueblo, cuando se mezcla entre la gente y le llaman a gritos, con familiaridad, no presidente, sino simplemente con su viejo apodo tribal: ¡Madiva, viva Madiva!

Cassio Luiselli Fernández